

SECRETARÍA DE EDUCACIÓN Y CULTURA

S·E·C

D.G.E.M.S. y S. Dirección
General de
Educación
Media Superior
y Superior

Los mejores
cuentos
de
1997-1998



Colección "De mi libreta de apuntes"

Para
Una
Margarita

Del jardín que cultivo.

A stylized handwritten signature or set of initials, possibly 'M.K.', written in dark ink. The letters are interconnected and somewhat abstract.

Patricio Chirinos Calero
*Gobernador Constitucional del Estado de
Veracruz-Llave*

Guillermo Héctor Zúñiga Martínez
Secretario de Educación y Cultura

Francisco Alfonso Avilés
Subsecretario de Educación y Cultura

Marco Antonio Rodríguez Revoredo
*Director General de Educación Media Superior
y Superior*

Salvador Hernández Mejía
*Subdirector Administrativo de
la DGEMSyS*

Sergio Daniel Alarcón Contreras
*Jefe del Depto. de Bachillerato de
la DGEMSyS*

Pedro Vásquez Rebolledo
*Jefe del Programa de Difusión Cultural de la
DGEMSyS*

Agradecimientos:

La revisión de estos trabajos corrió con el gran apoyo de la Dirección Editorial de la Universidad Veracruzana, la cual asignó atinadamente al honorable jurado calificador, integrado por:

Mtro. Jorge Brash

Mtro. Ramón Rodríguez

Mtro. Luis Horacio Heredia

Certamen Estatal de Cuento 1997-1998

- Primer lugar:** 3
Cuento: "Mi ángel"
Pseudónimo: *Anaid*
Alumna: Diana Estela de los Reyes Agraz,
Escuela: Bach. Oficial Diurna "Minatitlán",
Lugar: Minatitlán, Ver.
- Segundo lugar:** 12
Cuento: "Martha desdoblándose"
Pseudónimo: *Thai*
Alumna: Viridiana Fortuna Canseco,
Escuela: Colegio "Ollimani", A.C.,
Lugar: Veracruz, Ver.
- Tercer lugar:** 14
Cuento: "El jardín"
Pseudónimo: *Flor pensante*
Alumna: Nicré Méndez Díaz,
Escuela: Bach. "Insurgentes",
Lugar: Xalapa-Enríquez, Ver.
- Mención especial:** 19
Cuento: "La niña"
Pseudónimo: *Varannaci*
Alumna: Ana Carolina Valderrama Ramírez,
Escuela: "Ricardo Flores Magón",
Lugar: Xalapa-Enríquez, Ver.
- Mención especial:** 23
Cuento: "Entre Benito Juárez y Pearl Jam"
Pseudónimo: *Avimar*
Alumna: Morena Avitia Cao-Romero,
Escuela: "Ricardo Flores Magón",
Lugar: Xalapa-Enríquez, Ver.

Sexto lugar:

26

Cuento: "Felicidad"

Pseudónimo: *Monquiqui*

Alumna: Monserrat Sánchez Rodríguez,

Escuela: "Francisco J. Mújica",

Lugar: Huatusco de Chichuellar, Ver.

Séptimo lugar:

30

Cuento: "Tan sólo un minuto"

Pseudónimo: *Atila*

Alumno: Christian Trejo y Cruz,

Escuela: Bach. "Luis Echeverría Álvarez" Dna.

Lugar: Coatzacoalcos, Ver.

Octavo lugar:

35

Cuento: "Despierta",

Pseudónimo: *Atl*

Alumna: Argelia Ponce Malagón,

Escuela: "Instituto Guadalupe",

Lugar: Córdoba, Ver.

Noveno lugar:

39

Cuento: "Emilio"

Pseudónimo: *Adidarma*

Alumna: Adina Chaín Guadarrama,

Escuela: "Ricardo Flores Magón",

Lugar: Xalapa-Enríquez, Ver.



Mi ángel

Siempre, al anochecer, me gustaba salir a observar las estrellas. Mi casa nunca estuvo cerca del bullicio citadino y, por lo tanto, la calle no estaba muy iluminada (cosa de la que papá siempre se quejaba).

Teníamos un patio grande, lleno de árboles y arbustos, y flores que eran el orgullo de mamá. Si hubo algo que me dolió, fue no poder compartir espacio tan grande con algún hermano. Era hija única, y siempre estuve algo sola, pues a mis amigos sólo los veía en la escuela, y era difícil que yo pudiera salir con ellos, o ellos venir conmigo, pues la casa estaba algo alejada de la civilización.

Por eso siempre me gustaba ver las estrellas. Me pasaba horas contando y recontando, descubriendo constelaciones y buscando algo extraño en el cielo. Nunca pensé que llegaría a verlo, pues mi vida parecía demasiado simple, y mi madre decía que en las vidas comunes y corrientes de gente como nosotros no era necesario que sucediera algo*extraordinario, porque así éramos felices.

Yo no me sentía tan feliz como mamá decía que debía ser. En el fondo siempre quería que algo nuevo me arrebatare la monotonía en que vivía... y, como la esperanza es lo último que se pierde, siempre levantaba los ojos al cielo, en busca de algo.

Una de esas noches, en que salí al patio y me senté en una roca, y levanté, como siempre, la mirada al cielo, sucedió lo que tanto esperaba. La noche era hermosa, sin nubes, y el brillo de las estrellas estaba más claro que nunca. Me llamó la atención una en especial, que brillaba más de lo común, y fijé la vista en ella. Poco a poco, su resplandor fue aumentando, y supe que iba cayendo.

“¿Pero qué locura!” Pensé “las estrellas no caen en el patio de la gente... ¿pero qué digo? ¡Las estrellas ni siquiera caen!”.

Pues aquella sí cayó, y cayó como bólideo en el naranjo que tanto adoraba mi madre. Lo primero que se me vino a la mente, fue la cara que pondría ella al ver las ramas de su precioso naranjo todas rotas, y cómo encontraría la forma de hallarme culpable del delito, pero luego, cuando vi que la estrella no era estrella, sino algo que tenía brazos, piernas, y un rostro divino, y alas como de paloma, se me borró todo de la mente, hasta se me olvidó el miedo y me acerqué con lentitud para ver más de cerca lo que estaba a punto de cambiar mi vida.

Pues no, no era estrella, pero bien pudo haber pasado por una, si no se hubiera precipitado al suelo, porque tenía un brillo blanquecino alrededor de todo el cuerpo y las alas. Si no era un ángel, entonces no sé qué era.

Con cuidado, lo cargué en brazos. Me sorprendí mucho, porque era tan ligero como el aire... sí, creo que estaba hecho de la materia con que se fabrican los sueños. Como mi familia ya dormía, entré con él hasta la sala y lo puse en el sofá, aún inconsciente. Cerré la casa y, cuidando no hacer ruido, volví a cargarlo y me fui con mi ángel al lugar que consideré más seguro: el ático.

Lo recosté y lo cubrí con algunas cobijas, por si acaso, hasta que despertara; no sabía si los ángeles podían sentir frío o dolor, así que me preparé con unas aspirinas y un vaso de agua. Lo estuve observando una hora entera, preguntándome mil cosas. ¿Ahora qué iba a hacer yo con un ángel herido? Y peor aún: no

sabía de dónde estaba lastimado, pues no sangraba ni se quejaba ni deliraba... parecía dormir, como si nada, como si la caída desde el infinito no le hubiera hecho el menor daño.

Por fin, el ángel abrió los ojos. Se me quedó viendo, como quien mira a un gatito recién nacido, con una mezcla de curiosidad y sorpresa; y se sentó a seguir viéndome. No sabía qué decir, pero dije lo primero que se me vino a la mente.

-¿Qué me ves tanto?

Él sonrió, y me respondió: -Jamás había visto a un humano tan de cerca.

- Pues yo tampoco había visto a un ángel y no por eso pongo la cara de bobo que tienes ahora.

¿Nunca han oído a un ángel reírse? Es una risa única y melodiosa, como las gotas de lluvia o el agua que arrastra el río. Así se rió de mí cuando le dije eso. Luego, aún sonriendo, volvió a mirarme, y dijo:

- Es cierto. Lo siento... no quise causarte tantos problemas. Gracias por haberme traído aquí. Aún me duelen las alas, y no creo poder volar. ¿Podría... quedarme unos días más, hasta que me recupere?

-Claro - dije sin pensar. Pero cuando mi cerebro comenzó a rumiar sus palabras, mil dudas surgieron. - Pero... es arriesgado... supongo que no querrás causarle un infarto a mi madre si te descubre.

- No te preocupes. Ella no me verá ni queriendo- dijo. Después, frunció un poco el ceño y se me quedó viendo de nuevo. -¿No te has sorprendido de verme? ¿Acaso no te parezco extraño?

-¡Por supuesto que sí! Lo que sucede es que siempre he estado esperando que suceda algo, y creo que la etapa en la

que me pude haber sorprendido, ya la superé. Hay cosas que me parecen más extrañas que tú mismo... pero eso te lo diré mañana. Ahora tengo mucho sueño. Buenas noches- le dije, y me levanté, dispuesta a bajar a mi cuarto. Cuando ya iba en la puerta, me volví y le pregunté:

-¿Los ángeles pueden dormir?

Él se recostó de nuevo y cerró los ojos. -No lo sé. -dijo- Pero trataré de hacerlo, porque necesito descansar.

Jamás se me había pasado el tiempo tan lento como al día siguiente, cuando tuve que ir a la escuela. Casi no pude poner atención a mis clases, y los minutos se me hicieron horas esperando el momento de regresar a ver cómo estaba mi ángel privado. Aquella vez, entendí poco o nada acerca de cómo la energía nuclear puede destruir un mundo, y las ecuaciones de segundo grado se me dificultaron más de lo debido. Si Carmelita, mi mejor amiga, no me pasa la copia antes de entregar el trabajo de física, yo creo que hubiera tronado la materia.

Cuando regresé a casa, comí lo más rápido que pude y subí al ático. El ángel no se había ido, ahí seguía. Me senté junto a él, y lo miré, dispuesta a preguntar todas las cosas que deseaba saber. Supongo que él lo presintió, porque también me miró, como esperando a que hiciera la primera pregunta. Al fin, pregunté lo que se me ocurrió.

-¿Por qué caíste? ¿No se supone que los ángeles pueden volar?

Aún recuerdo la sencillez con la que respondía a mis cuestiones. Aquella vez me dijo: -¿No sabes que todo lo que sube tiene que bajar alguna vez? Yo no soy la excepción. Mis alas tienen un límite, el cual no respeté, y aquí tienes el resultado.

Yo sólo me quedaba callada y trataba de asimilar sus respuestas en lo más hondo de mi corazón y, si podía, hasta las escribía para luego apantallar a mis compañeros de clase.

Poco a poco, me fui acostumbrando a mi ángel. Platicaba con él por horas enteras, y no me cansaba. Respondía a mis preguntas sin impacientarse, como lo hace un maestro a su pupilo, como un padre a su hijo pequeño... como se deberían responder todas las preguntas que alguien hiciera siempre. Supongo que su paciencia es característica de todos los ángeles.

-¿Cómo es el cielo?- le pregunté una vez, mientras ambos observábamos el cielo oscuro y repleto de estrellas. El ángel no lo pensó mucho y, como siempre, respondió clara y firmemente: -No creo que quieras saberlo por ahora. Eso le quitaría emoción al momento en que llegues allá.

-¿Pero... y si me voy al infierno?- argumenté, tan perspicaz como siempre, deseando que la respuesta quedara completamente clara.

Mi amigo celestial se rió un poco, y luego dijo: -Si te vas al infierno, como tú dices, será porque así lo quieres.

-¿Pero qué tontería!- exclamé- ¡Nadie quiere ir al infierno!

-Entonces- aclaró mirándome con tranquilidad -no debe haber nadie ahí. El mal sólo tiene cabida en ti si tú le permites entrar.

¿Alguna vez han intentado esconder a un ángel en el clóset? No se los recomiendo. Las alas, aunque compactas y suaves, son algo grandes y difíciles de acomodar en un espacio tan pequeño. Yo traté de esconder a mi ángel en el clóset porque ese fin de semana el turno de limpieza tocaba al ático. Una noche antes de que comenzaran a limpiar, lo llevé a mi cuarto y traté de acomodarlo en el clóset. Saqué la ropa y la metí debajo de la cama, para hacer más espacio, pero ni así cupo mi amigo.

-No te preocupes por mí- me tranquilizó - Pronto me recuperaré y volveré a donde pertenezco.

8 -Pues hasta entonces no sé dónde esconderte de mi familia. ¿Qué no puedes hacerme invisible o algo? - le dije, comenzando a perder la paciencia.

Se quedó pensando. -Mmm... pues... las cosas son invisibles a los ojos de la gente cuando no quieren verlas. Si tu familia no cree en los ángeles, supongo que no me verán.

-¿Y entonces cómo fue que yo te vi, eh? - le pregunté algo incrédula.

-Tú debes tener algo especial que los demás no tienen... hay tanta gente que no puede verme como estrellas en el cielo. Están demasiado ocupados en sus cosas que se olvidan de observar los pequeños grandes detalles del universo. -Explicó sentándose en la cama, con cierta melancolía. Me acerqué y me senté junto a él.

-Debes aburrirte aquí -le dije. Una grandiosa idea me llegó de pronto.- Oye... ¿y si te llevo conmigo a la escuela?

Para mí, la escuela era algo monótono y aburrido. Pero para mi ángel debió ser algo muy extraño. Observaba todo con curiosidad y caminaba a mi lado como si no quisiera perderse entre la gente. Como lo supuso, nadie se dio cuenta de su presencia. De hecho, hasta se sentó en el pupitre de Gutierrez, que no había ido a causa de las paperas.

Escuchó la clase con mucha atención, y hasta creo que trataba de memorizar por qué una bala salía disparada a tal velocidad cuando se le aplicaba una fuerza paralela de 86 newtons. Yo volteaba a verlo a menudo, preguntándome en qué pensaba mi amigo; resultado: muchos creyeron que yo extrañaba a Gutierrez y que hasta me gustaba. La chava que más mal me caía del salón no paró de molestarme en todo el día.

Camino a la casa, iba que me llevaba el diablo, pero no se lo dije al ángel. Sin embargo, él se dio cuenta y, suponiendo las causas de mi enojo, me dijo: -Ser bueno con los buenos no es

9 bondad; eso es sólo una retribución, un agradecimiento... La verdadera bondad, radica en ser bueno con los malos, condescendiente con los enemigos, paciente con los impacientes... pero sobre todo, hacerlo de corazón y sin esperar agradecimiento alguno de su parte. El cariño y la bondad no se compran ni se venden, porque no tienen precio: deben ganarse y regalarse, porque es lo único que tiene el hombre para compartir con sus semejantes, y porque es lo único que te quedará al final, cuando ya no existas.

El ángel me hablaba y explicaba cosas que nunca había tomado en cuenta. Decía que las cosas grandes de la vida estaban construidas de pequeños momentos, de minúsculos razonamientos y sencillas explicaciones; también que siempre debía escuchar a mi corazón porque sólo él me conocía bien y nunca me engañaría.

-Ángel... - le pregunté cierta vez.- ¿qué es lo que hacías tú cuando estabas allá arriba...? Es decir, ¿qué se supone que hacen los ángeles?

- Nosotros cuidamos - me respondió.

- ¿De qué? - insistí.

- De todo lo que se puede cuidar.

- Ah... - expresé con asombro. Pero las preguntas llegaban una tras otra.- Y... ¿eres inmortal?

- Eso depende - me dijo tranquilamente. Esa sí que no la entendí, así que continué.- ¿Depende de qué?

De cuánto tiempo puedas recordarme.- dijo. Pero comprendió que yo no estaba satisfecha con la respuesta, así que prosiguió:- Todos morimos cuando nos olvidan. La muerte no es dejar de existir; la muerte es un paso más en el largo camino de nuestra existencia, pero para los que se quedan atrás, morimos cuando dejan de pensar en nosotros.

Me gustaba mucho escucharlo. A todo tenía una respuesta fácil de entender y, si no era así, la ponía de manera que yo pudiera entenderla.

Pero se recuperaba pronto, y una punzada en el corazón me decía que ya se aproximaba su partida. No me equivoqué. Una semana después de que cayó en mi patio, sus alas ya estaban totalmente repuestas y listas para emprender el vuelo. Y así, tan de repente como llegó a mi vida, se marchaba de ella.

En una noche igual de hermosa como en la que había caído, cuando todos dormían, ambos salimos al patio para que levantara el vuelo. Primero, decidí dar un vuelo de prueba. Estiró las alas, levantó el rostro al cielo y despegó. No cabe duda que ver volar a un ángel es algo maravilloso. Pareciera como si danzara al ritmo del tintineo de las estrellas. Verlo así, daba una sensación de libertad que jamás había sentido.

Cuando aterrizó junto a mí, se le notaba en el rostro la felicidad que sentía al poder volar de nuevo. -¡Qué bien se siente estirar un poco las alas después de tanto tiempo! - exclamó. Yo sólo bajé la cabeza. No deseaba que se fuera. Él entendió lo que sentía; tal parece que los ángeles tienen el don de saber los sentimientos de las personas. Me puso las manos en los hombros con ternura y me dijo:

- Jamás olvidaré lo que hiciste por mí. Muchas gracias, y perdona el haberte causado tantos problemas.

¿Problemas? ¿Acaso estaba loco? ¡Él le daba un nuevo sentido a mi vida y decía que me había causado problemas! No cabe duda que los ángeles son muy inocentes.

- Descuida.- le dije yo - Vuelve cuando quieras. Y... por favor cuidate mucho. Aunque digas que no, esa caída debió doler.

Me sonrió como siempre, con esa sonrisa que me levantaba los ánimos y me hacía sentir mejor. Estiró de nuevo las alas y despegó hacia el firmamento, a donde pertenecía.

El oficio de los ángeles es cuidar. Y en esa época, yo necesitaba mucho que me cuidaran, como todos los adolescentes. Tal vez por eso creo que siempre estuvo cuidándome, antes y después de que cayera en mi jardín.

A partir de su visita, las cosas cambiaron. Puse en práctica todos sus consejos y reflexioné con más calma sobre las cosas que me había enseñado. No cabe duda que conocer a un ángel te cambia la visión del mundo.

Yo siempre estuve esperando a que algo sucediera... y después de conocer al ángel, supe que tal vez ya sabía que algo iba a pasar, sólo que no me percaté de ello hasta que ocurrió. Nunca he dudado de que mi ángel haya sido real; estoy segura de que fue real, porque mi corazón así me lo dijo, y yo siempre le creo a mi corazón.

No hay duda que todo lo que toca un ángel se impregna de su esencia. Así pasó con mi corazón, y así pasó con el naranjo de mamá. Desde ese día, dio las naranjas más dulces del mundo.

*Diana Estela de los Reyes Agráz
Anaid*





Martha desdoblándose

- No llegaré a tiempo - Pisa el acelerador mientras se pinta los labios de un color oscuro que la hace ver más blanca. Hay demasiado tráfico y ha salido tarde del departamento. Martha fue invitada a una reunión y aunque las personas que acudirán no son de su completo agrado, decide ir como un favor a Yoli, su amiga de la facultad, quien ha organizado la reunión para celebrar la próxima salida de la cerrera de ingeniería. Luz roja. Martha se desespera. Mira hacia el espejo retrovisor acomodándose el pelo y observa al hombre del Tsuru azul a su izquierda. -No está mal pero es un niño- Luz verde. De nuevo el pie al acelerador. Dobla la esquina y se estaciona subiéndose levemente a la banqueta. Camina hacia el edificio y aprieta el botón del interfón. -Ya llegué, Yoli, soy yo.

La fiesta ya había comenzado. Martha entra y se dirige a su grupo habitual de amigas sonriendo fingidamente. Se sienta junto a Carmen. Todas hablan de sus planes a futuro, de sus futuros trabajos y de sus futuros esposos. Alguien se dirige a Martha. Martha habla de su maestría en sistemas... Martha habla de su próxima boda con Alejandro... Martha habla de su beca en Francia... 02:16 A.M. Martha conduce por la ciudad pensando en lo que tendrá que hacer cuando amanezca. Trabajos,

exámenes, tesis, etcétera. Luz roja. Martha sigue de largo. No ve el Tsuru azul de la izquierda. Sólo siente la corriente que sube por su espalda. Martha se parte la columna. Martha se quiebra el cuello. Martha desdoblándose...

*Viridiana Fortuna Canseco
Thai*





El jardín

Era una vez en uno de los barrios más modestos de una ciudad, sobre una calle llamada El ensueño, donde había un jardín que desde afuera nada lo denunciaba, si acaso, se notaba el trinar de los pájaros y el jugueteo de las mariposas, fuera de ello, nada hablaba de las maravillas que se escondían tras aquella barda de cemento; sólo una pequeña rejilla de madera permitía el acceso al famoso jardín.

A pesar de su ubicación y de no contar con ninguna posibilidad, el jardín era famoso en todo el mundo. Todos los días del año se veía desde la esquina una enorme fila de visitantes ansiosos de entrar, lo había de todas las nacionalidades y estados sociales; gente muy importante, ya que entrar al jardín, era renovarse y salir con nuevos bríos.

La entrada no costaba nada, salvo respetar las reglas dictadas. Éstas eran observadas al pie de la letra por el propietario.

La puerta del jardín se abría puntualmente a las 12:00 horas y sólo se permitía la entrada a siete personas, ni una más, era lo más que podían soportar las plantas y no valían títulos, ni recomendaciones, sobornos o súplicas.

Entre los siete que entraron al recorrido se encontraban cuatro amigos: Paco, Mario, Edgar y José. Al entrar, una corriente

bulliciosa del aire fresco acariciaba sus rostros. Durante el recorrido comentaban lo hermoso del jardín.

Paco:- ¡Cómo se conjugan los aromas!

José:- Sí es verdad, se percibe el aroma de cada flor aunque sea distinto.

Mario:- Parece que estuviéramos en el paraíso.

Edgar:- ¡Cállense! Dejen escuchar el suave susurro de los colibríes y dejen que la corriente bulliciosa del aire fresco acaricie nuestros rostros.

Su nariz se deleitaba con el perfume de los azahares, nardos y rosas. Cada perfume podía identificarse.

Una gama de sonidos juguetones percibía el oído; el suave susurro de los colibríes coqueteando con el misto, el gorrión contándole a la presuntuosa lágrima, la calandria jugando entre las enredaderas, el vaivén de las mariposa dejándose llevar por la brisa. El silbido de la golondrina al cantar. El desliz al viento entre las begonias, el cuchicheo de las ardillas, el dormitar de las arañas y el violín de los grillos. Aunque también se escuchaba un lamento, muy, pero muy lejano; pero podía más la dulce melodía de la exuberancia. Sus ojos se regocijaban con cientos de colores.

Los jóvenes ansiosos siguieron disfrutando de las bellezas del jardín hasta topar con el dueño de aquel prodigioso lugar; éste era un hombre de avanzada edad, de ojos amables con nariz amplia, respingada y con una afable sonrisa, sus labios eran finos, sus brazos gruesos y manos fuertes llenas de callos.

Mario:- dirigiéndose al señor que les daba la bienvenida le dijo:- ¿qué es ese olor fuera de lo normal?

-Señor, es la combinación de la tierra mojada con el aroma de las plantas.

En eso Edgar sacó de su mochila una cámara, el viejo se le acercó apresuradamente para arrebatársela y decirle:

-No está permitido tomar fotos ni videos, pues esto lastima a las plantas; si quieres vida hay que dar vida.

Al escuchar esto, quedaron sorprendidos de la actitud del anciano y apenas continuaron su recorrido.

Después de unos minutos se encontraron con una rosa negra, al verla, Mario quiso aspirar su fragancia cuando, inconscientemente pisó una pálida florecilla violeta; el viejecillo volteó al instante con una mirada de furia y odio que brilló con intensidad en sus ojos azules.

Mario:- Perdón, perdón, no sé cómo ocurrió.

Mario se deshacía en pedir disculpas.

Paco:- No se disguste, nosotros le repondremos el daño ocasionado.

Señor:- No se preocupen, espero que su amigo esté dispuesto a devolverle la vida que truncó.

Mario:- Sí, si trataré de pagar el daño que hice.

Continuaron el recorrido en silencio.

José:- No se preocupen, todo se solucionará reponiéndole la flor.

Edgar:- Claro que sí.

Al terminar el recorrido Mario esperó a que todos se retiraran para poder acercarse al viejo y antes de que él hablara el anciano le dijo:

-Te espero a las once de la noche, al fondo del callejón que está a la vuelta de la calle.

Mario:- Ahí estaré.

Toda la tarde Mario se quedó pensando en cuál sería su castigo y el peor que le podrían poner -pensaba él- era "el prohibirle el acceso al jardín".

Así se acercó la hora, Mario llegó al lugar cinco minutos antes, pues no quería fallar, ya que sabía de la puntualidad del viejo; se oían las campanadas de un reloj lejano que anunciaba las once de la noche cuando una puerta se abrió, lentamente, rechinando, al fondo una luz brillante alumbraba el callejón.

De pronto escuchó una voz amable que le llamaba invitándolo a pasar, Mario se dirigió con pasos lentos hacia la puerta, la cual introducía a un pequeño cuarto donde había una reluciente cama de latón; al fondo una mesa de centro con dos sillas de madera, herramienta de jardinería y sobre una pequeña estufa una olla con té, todo lucía muy limpio.

Señor:- Toma asiento y siéntete como en tu casa.

Mario:- Muchas gracias.

Señor:- Prueba este té hecho con azahares de mi jardín.

Mario lo aceptó y al probarlo, tenía un sabor extraño, pero no era desagradable; hablaron durante horas, el viejo observaba sus dedos y más extraño se le hacía que no hablaran del incidente, de pronto intentó levantarse y no lo consiguó; miró al viejo con interrogación, éste se sonrió y dijo:

-Espero que te encuentres cómodo joven, ya que tú quitaste la vida y justo es que la repongas.

Dirigiéndose a una carretilla y después a Mario, sin gran esfuerzo lo puso en ella; abrió una pequeña puertecita que parecía dirigirse a un sótano.

Al bajar las escaleras observó un detalle que lo llenó de horror, vio cómo las raíces de las plantas penetraban en los cuerpos de las personas, allí reconoció aquel olor que no podía identificar, ya que era la agonía de aquellas infelices personas.

Señor:- Tienes razón en lo que estás pensando, éste es el secreto de la eterna primavera en mi jardín.

De repente se escuchó el movimiento de una raíz que dejaba caer un cuerpo sin vida. El viejito dirigió a Mario hacia la raíz, éste sintió cómo las raíces penetraban en su cuerpo, su desesperación y angustia alimentaba a las plantas.

Señor:- Lamento que no puedas hablar, pero tus gritos asustarían a mis bellezas; sería un honor para mí alimentar a mis plantas con mi propia vida.

El viejito se retiró, y al quedarse solo Mario, escuchaba sus gemidos unidos a los de sus demás compañeros en desgracia.

Al medio día Mario escuchaba los pasos y las frases de asombro de los visitantes y los elogios al jardín. Los gemidos aumentaban con la esperanza de ser escuchados.

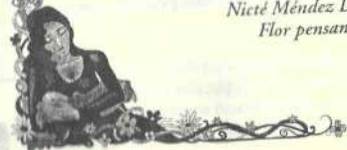
El viejito iba todos los días a alimentarlos, limpiarlos y a cerciorarse de que estuvieran vivos; al observarlos se sonreía quizá satisfecho o quizá envidioso...

Al día siguiente los amigos Edgar, José y Paco lo buscaron desesperadamente; se dirigieron a ver al viejito que les respondió:

Si quieren vida tienen que dar vida.

Entonces los muchachos comprendieron lo que había sucedido con su amigo y decidieron alejarse y no volver a ese lugar nunca más.

*Nicté Méndez Díaz
Flor pensante*



Mención especial

La niña

La niña era extremadamente dormilona, llegaba a levantarse hasta las tres de la tarde aún con sueño y con su típica actitud lenta, como si todavía no despertara del todo. Su cama quedaba oliendo a fantasías y a su nana le encantaba ese olor proveniente de la niña, que se impregnaba sutilmente en las cosas que ella tocaba. El padre, por más que trataba de animar e impedir que su hija durmiera tanto, nunca logró resultado alguno, contra el ángel magnífico que resultó ser la niña.

La hacienda no estaba lejos de la ciudad, pero ella no conocía el camino a pie porque su natural pereza le impedía querer salir de su casa. Se le pasaban las horas en el manantial, flotando como un pez muerto y sólo de vez en cuando se notaba su agilidad, en las marometas acuáticas, en los saltos de delfín y en las danzas de medusa que ejecutaba en el agua. Parecía haber nacido para ser sirena o al menos algo perteneciente al agua.

Por la casa y en el jardín solía pasearse sólo con el vestido griego cubriéndole el cuerpo, lo que levantaba las miradas de los trabajadores, pero era tan inalcanzable para cualquiera de ellos que sólo la veían para su consuelo, perfectamente conscientes de su situación.

Tenía muchos pretendientes y admiradores y muchos más enamorados. Pero la mayoría se decepcionaban al ver que

tal hermosura era torpe, indiferente, lenta y parecía no estar nunca presente en la realidad. Nadie comprendía esa naturaleza de ángel, ni siquiera su nana, pero la niña era inflexible e impenetrable, cuando le hablaban de cualquier actividad hacendosa o de esfuerzo físico. Muchos aseguraban que era estúpida, algo retardada o autista, con un cascarón bonito, sí, pero de ninguna utilidad. Aconsejaron al padre conseguirle un maestro para niños con retraso mental. A los dos meses el profesor Andru se mató. No cupo la menor duda de que él se suicidó. Salió corriendo de la hacienda gritando en un habla antigua con la pistola apuntando a su cabeza y en un silencio lleno de asombro se disparó dejando en el jardín la sabiduría milenaria embarrada en las flores...

Todo el mundo le había tomado cariño al profesor Andru y hasta parecía que la niña también, porque se les veía caminar por la hacienda juntos y ella parecía estar interesada en las pláticas de ese joven rubio, galante y sofisticado, pero después del accidente ella no preguntó por él, ni se lamentó. Actuó como si nunca lo hubiera conocido. Eso demostró a todos la fortaleza de la niña, pues siguió como siempre, como si Andru nunca hubiera existido.

Lo sucedido restó ganas a cualquier maestro que hubiera querido enseñar a la niña, de hecho a cualquier persona se le apagó el interés de tratarla, "no vaya a ser que me vuelva loco como el profe y me vuele los sesos enfrente de todos".

A ella no le afectó el apartamiento de los demás, de hecho pareció gustarle. El padre, aturrido por la desesperación decidió meterla a un convento, aunque de cristiano él no tenía nada. Del convento la regresaron una semana después jurando que ella era el mismo demonio: "se cree superior, se levanta tarde, no trabaja, no reza, no cree en Dios, no es humilde, es lenta, no quiere a nadie..." y mil frases más describiéndola como el anticristo. Unos días después de regresarla, varias de las monjas murieron aventándose del campanario abrazadas en un intento inútil de volar.

Después de un tiempo se llegó a la firme e inquebrantable convicción que por donde pasaba la niña, irremediamente

alguien se suicidaba a la vista de todos para no levantar sospechas. La nana confesó que la madre, mujer oriental hermosa, no menos que la hija, había muerto al dar a luz a la niña, pero en ese entonces no se sospechaba de la facultad de muerte que tenía ésta. También recordó que la madre había hablado en árabe antes de morir y que sus palabras parecían conjuros celestiales. Con el tiempo esta historia se transformó a tal grado que todo el mundo aseguraba que la madre pedía que mataran a su hija porque sabía de su condición maligna, por lo que la mujer había muerto revolcándose y con ojos de chivo, escupiendo sangre y mil cuentos más que no tenían nada de realidad.

Los ingenuos que antes aseguraban que era retrasada, rápidamente cambiaron de opinión. Muchos de ellos murieron. Después de tantas muertes provocadas por la presencia de la niña, el pueblo tomó la decisión de acabar con ella quemándola viva para ver si Dios regresaba y los perdonaba.

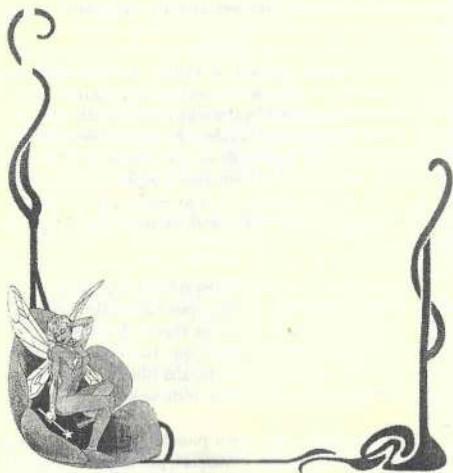
Todo el mundo armado se dirigió a la hacienda de noche, cantando *Aves Marías*, con antorchas y rosarios en las manos. Entraron a la casa, la quemaron como bestias salvajes, se veían como orangutanes heridos. El padre defendió a la hija inútilmente y fue muerto de un tiro certero en la frente. La niña no se resistió, se dejó amarrar al árbol, se dejó echar agua bendita sin maldecir, se dejó exorcizar y cuando prendieron fuego al árbol y a los maderos secos parecía que se dejaría morir.

De pronto, la Naturaleza despertó, el aire cobró vida y el mismo cielo se enfureció. La niña, por fuerzas desconocidas se soltó de sus ataduras, y como un ángel subió a los cielos. Todo el mundo estupefacto temió que fuera el juicio final pero, en cuanto la figura de grandes alas blancas desapareció tragada por las nubes de tormenta, todo se volvió paz.

Muchos dudan que haya pasado en realidad aquel portentoso. Los que murieron se mataron por impotentes o por

sentirse culpables y, los que vivimos felices por haber visto un milagro, pensamos en lo mucho que aprendimos. Seguramente ella hizo ver a muchos la realidad del mundo enfermo en que vivimos. No creo que las muertes que provocó tengan que ser juzgadas por nosotros. Sólo aquella fuerza sobrenatural que nos rige lo sabe, y no hay por qué ponerle nombre ni colocarla en alguna religión. Yo sé que era la niña de los cielos, la que salvó a tantos, la que casi matamos como suele ser nuestra naturaleza al vernos ante lo desconocido.

*Ana Carolina Valderrama Ramírez
Varannaci*



Mención especial

Entre Benito Juárez y Pearl Jam

Mientras al fondo se escuchaban los anuncios del radio, trataba de poner su mente en orden y concentrarse un poco en las palabras de su absurdo libro de Historia.

Pero cómo puedes concentrarte o al menos intentarlo, si son las doce de la noche, tu examen es a las siete de la mañana y lo que menos te importa en la vida es si Benito Juárez cuidaba o no borregos en la sierra de Oaxaca, o si a Emiliano Zapata lo mataron a traición.

Y si aparte de todo te sigue doliendo la quijada por el golpe que te diste de la manera más absurda mientras mirabas de un modo no muy disimulado a la super chava que atravesaba la calle, cuando de pronto apareció el poste que nunca habías notado a pesar de que diario recorres el mismo camino para ir a tu casa.

Bueno, pero a pesar de que todo esto pase, el caso es que tienes que pasar el examen si pretendes seguir con la prepa y algún día ir a la universidad.

Respiras profundo, te levantas de la silla, te estiras, das una vuelta por tu cuarto, decides apagar el radio porque estás harto de oír puras malas rolas y mejor buscas tus audífonos y

te conectas para oír el cassette que te grabaron del nuevo disco de tu grupo favorito.

Te acuestas en la cama y empiezas a viajar con la canción que más te gusta. la escuchas por lo menos unas tres veces y cuando estás más convencido de que de verdad ese grupo es la neta. llega tu mamá a preguntarte si no quieres cenar algo, cómo sigues de la quijada, si ya terminaste de estudiar y para colmo te da un beso de buenas noches y te pide que no te desveles mucho estudiando.

Todo estaba perfecto, ¿por qué tuvo que llegar tu santa madre y hacer que te remordiera la conciencia y te acordaras de tu bendito examen?

Ya no hay más remedio, te levantas de la cama y decides ir a la cocina, pues el único que todavía puede ayudarte es el buen amigo café. Pones a hervir agua, esperas un ratito mientras tarareas la super rola de tu walkman y cuando oyes el silbido que te indica que puedes agregar el café, lo haces pero pones cuatro cucharadas en vez de una para que el efecto sea el deseado y como no soportas más el dolor en tu cara, agregas a la mezcla una aspirina, entonces la combinación es perfecta, el efecto será más duradero.

De vuelta a tu cuarto, sentado en tu escritorio, intentas fijar tu atención en todas las fechas que están frente a ti, todos esos nombres, todas las batallas, ejércitos, generales; ya no sabes qué fue antes, si el huevo o la gallina, el profiriato o el maximato, que más da. De verdad te esfuerzas, tratas de entender o aprender algo, pero es que todo te resulta tan intrascendente, digo, honestamente, ¿qué tienen que ver todos esos señores contigo?

Un último intento, cuando el reloj marca las 2:27, piensas que tal vez sin música de fondo las cosas serían un poco más fáciles, ni modo, Pearl Jam tendrá que esperar, lo apagas y sigues leyendo, ya sólo quedan cerca de treinta páginas por memorizar...

De pronto, un gran escándalo, el despertador suena como loco, lo apagas de golpe, miras a tu alrededor y te das cuenta de la terrible realidad: te quedaste dormido y más te vale apurarte porque ya son las 6:15 A.M., ni modo, no hay salida, sólo te queda encomendarte a la Megavirgen de Guadalupe que todo lo puede y esperar a ver qué pasa, pues hasta tu buen amigo café te falló esta vez.

*Morena Avitia Cao-Romero
Avimar*





Felicidad

En un hermoso bosque lleno de pastos verdes, flores de todos colores, árboles fuertes que servían de hogar a un sinnúmero de animalitos, una hermosa laguna azul donde se reflejaba el cielo, vivía una bella mariposa que se distinguía de todas por los hermosos colores de sus alas. Ella vivía preguntándose dónde se puede encontrar la felicidad; quería saber la respuesta para ir en busca de ella. Le preguntó a una hormiguita:

-¿En dónde puedo encontrar la felicidad? La hormiguita, extrañada por la pregunta, respondió:

-La respuesta es fácil: la felicidad se encuentra en trabajar de sol a sol.

No muy convencida, la mariposa le preguntó a un saltamontes que pasaba por ahí:

-Amigo saltamontes. ¿En dónde puedo encontrar la felicidad?

-La felicidad está en saltar y disfrutar la tranquilidad de la vida.

Esta respuesta tampoco ayudó a la mariposa, pues para ella resultaba muy aburrido.

Un día la mariposa se enamoró y creyó haber encontrado por fin la felicidad. Se sentía el ser más feliz del mundo; todo le parecía hermoso y pensaba que en su amado se encontraba su tan buscada felicidad. Pero lo que en un principio le pareció felicidad se volvió tristeza, porque su amor se fue y ella quedó muy triste y vacía; no le encontraba sentido a la vida y creía haber perdido su felicidad. Se volvió una mariposa triste y amargada y poco a poco iba perdiendo vida.

Cierta día salió a volar al bosque y se encontró con una primavera que cantaba muy feliz en la rama de un árbol, a orillas de la laguna. Ella se preguntó cómo era posible que esa primavera se encontrara tan feliz. Tampoco entendió por qué al escuchar tan hermoso canto ella no se sentía feliz.

La primavera, al ver a la mariposa tan triste, se acercó a ella y le preguntó:

-Mariposita, ¿por qué en este día tan hermoso, y siendo tú tan bonita, te ves tan triste?

La mariposa respondió:

-Es que he perdido mi felicidad.

-¿Por qué dices eso?-preguntó la primavera.

-Porque el amor de mi vida se fue; él era todo para mí. Después de haber buscado tanto mi felicidad la encontré en él y luego la perdí.

-Eso no es cierto -respondió la primavera-. Yo también tenía mi compañero y lo perdí. Me sentía muy triste e infeliz, pero alguien me hizo comprender que dentro de mí suena una melodía cuando llega mi amigo. ¡Y es mi melodía la que me hace feliz! Y cuando mi amigo se va me quedo llena de su música, y no se agotan las melodías, pues con cada persona suena otra melodía distinta, que también me hace feliz y enriquece mi armonía.

La mariposa la escuchaba atentamente y le preguntó:

-¿Y si se va quien hacía tocar tu melodía favorita? A lo que respondió la primavera:

-Puedo tener una melodía o más que me agrade en particular, pero no me agarro a ellas, sino que me agrada cuando está conmigo y cuando no está pues no siento nostalgia, sino que estoy tan feliz que no añoro nada. La verdad es que no puedo echarle de menos; sería reconocer que al marcharte quedaste fuera. ¡Pobre de mí si cada vez que una persona amada se va, mi melodía dejase de sonar!

Entonces la mariposa contestó tristemente:

-Pero mi felicidad se fue con él.

La primavera, al oír esto, dio un suspiro y respondió con palabras firmes:

-La felicidad no tiene contraparte porque nunca se pierde. Puede estar oscurecida, pero nunca se va porque tú eres felicidad. Te sientes mal porque ansías aquello que, sin saberlo tú eres, buscas la felicidad en donde no está.

La mariposa, al escuchar esto, empezó a sentirse mejor:

-¿Cómo puedo hacer para que mi felicidad ya no esté oscurecida?

Contenta al ver el interés de la mariposa, la primavera respondió:

-Cuando amas la vida, la realidad, con todas tus fuerzas, amas mucho más libremente a los que te rodean. Si disfrutas de mil flores, no te agarras a ninguna; pero si agarras sólo una, no disfrutas del resto. La causa de tu felicidad no es tu amigo, pero brota cuando estás con él.

Disfrutarás de la felicidad si no te lo impides; ella es un estado de la mente. No eres feliz en tanto no lo quieras ser.

-Pero, ¿si me invade el recuerdo de lo que fue mi felicidad antes?-preguntó interrumpiendo la mariposa.

-Es peligroso vivir de la memoria, del pasado -afirmó segura de sí la sabia primavera. Sólo el presente está vivo y todo lo pasado ya murió. Incluso el futuro no existe. Sólo hay vida en el presente y vivir el presente implica dejar los recuerdos, vivir los acontecimientos y las cosas como algo nuevo. Es el ahora lo que importa. Ahora todo es posible, ahora es la realidad y no ayer ni mañana.

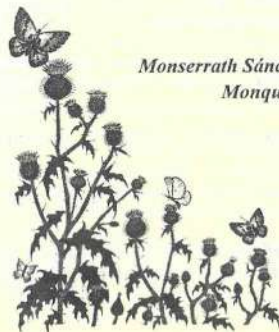
-Y concluyó diciendo:

-La vida está llena de cosas bellas, que tienes que descubrir, y pasarán desapercibidas si vives en el recuerdo.

En el rostro de la mariposa se dibujó una sonrisa y la tristeza que sentía desapareció porque entendió perfectamente que la felicidad estaba en ella y que nunca la perdería. Por fin sabía dónde encontrar la FELICIDAD:

DENTRO DE ELLA.

*Monserrath Sánchez Rodríguez
Monquiqui.*





Tan sólo un minuto

En una calle desierta, un hombre de aspecto desagradable, pobre y mal herido, se debatía entre la vida y la muerte. Sacando fuerza tal vez de su gran sufrimiento, se incorporó y, gritando estrepitosamente, empezó a blasfemar y a renegar de Dios:

-¿Por qué nunca me has dado algo bueno?- ¿Algo por lo cual sentirme orgulloso?

-¿Por qué siempre he estado en la pobreza, hundido en los vicios, con problemas y grandes frustraciones?

Derramando abundantes lágrimas, y con las manos y la cabeza levantadas, le preguntó nuevamente:

-¿Dónde ha quedado aquel gran amor que siempre demostraste por los hombres? Hombres a los que te atreves a llamar hijos.

-¿Ningún padre dejaría sufrir a su hijo todo lo que yo estoy padeciendo!

-¿Dónde ha quedado aquella hermandad que tanto pregonaste?

-Los hombres siempre me han tratado como a un animal, un despojo, una lacra que ni siquiera merecía haber nacido.

-¿Cuál es el motivo de encontrarme aquí tirado, solo, entre la obscuridad y la nada, sin haber logrado la realización de mis más caros anhelos?

Ya pasadas algunas horas, y sintiendo que iba a morir, sacó fuerza de su último aliento para gritar:

-¡Prefiero ir al infierno antes que al cielo!

Sollozante se dejó caer pesadamente al suelo. Después de un largo rato, sintió la presencia de alguien.

-¿Ya veniste por mí, Satanás?

Se escuchó una dulce voz que le decía:

-Hijo. No soy el que esperabas. Yo te amo tanto que he descendido hasta ti, para que te arrepientas y no condenes tu alma al infierno. Si después de haberme escuchado no desistes, yo respetaré tu decisión.

-¿Ves todo lo maravilloso que hay a tu alrededor?

-¿Has valorado la riqueza que por medio de la naturaleza tienes? Los árboles, las frutas, las flores, este oxígeno que es fuente de vida. Lo grandioso del mar, los peces, los animales. Todo lo que ves aquí yo lo he creado para ti, para todos mis hijos. También te di algo muy grande: ¡La vida! Te hice a mi imagen y semejanza y te di voluntad, entendimiento y libertad. En tu alma dejé impresa una ley moral: el bien y el mal.

-Y tú, ¿qué has hecho? Tenías libertad y te hiciste esclavo de las drogas, del alcohol, del ocio y de la pereza.

-No fuiste grande porque no quisiste.

-No fuiste amado porque no diste amor. Ahora, yo te pregunto: ¿Qué hiciste de esa vida que yo con tanto amor ofrecí por ti?

-¿Sabes que eres? Un mal administrador.

-Piensa. Reflexiona. Rectifica. Desiste. Yo te estaré esperando con los brazos abiertos.

El moribundo se quedó por unos minutos quieto. Daba la impresión de haber dejado este mundo.

De pronto, abrió los ojos e incorporándose nuevamente gritó:

-¡Mentira! ¡Mentira! Quiero que venga Satanás por mí.

El ángel malvado no se hizo esperar más. En medio de un fuerte olor a azufre, apareció un hombre flaco, muy alto, de tez negra como la noche.

-¿Me has llamado? ¿Qué deseas?

-¿Por qué me has invocado?

-He renegado de Dios, contestó agonizando el hombre.

-Ya no quiero nada con él. Haz de mí lo que quieras. Me pongo en tus manos.

-Está bien, está bien- contestó el príncipe de la oscuridad. Te dejaré vivir y tendrás lo que siempre has deseado, pero... necesito algo de ti.

-Lo que quieras, contestó el hombre.

-No es mucho. Sólo quiero que me des UN MINUTO DE TU VIDA.

-Tómalo, si así lo deseas.

-Lo tomaré cuando yo lo decida. Por ahora deja de sufrir, que pronto haré de ti un hombre grande y totalmente diferente.

El hombre hizo lo ordenado, pensando en todo aquello que recibiría a cambio de tan sólo UN MINUTO DE SU VIDA.

El ángel negro se retiró del lugar lanzando malévolamente carcajada.

Al día siguiente el hombre deambulaba por las calles como lo hacía todos los días. Buscando comida en medio de tanta basura, dio con un portafolio negro, impecable, brillante como si estuviera recién comprado. Decía: "PARA TI".

Sin pensarlo dos veces lo abrió. Para su mayor sorpresa, encontró muchos papeles que tenían escrito su nombre: DAMIAN LLUZIF. Eran documentos que lo acreditaban como dueño de casas y muchas propiedades, chequeras, boletos de avión y una cantidad enorme de dinero en efectivo. Lo primero que hizo fue comprarse ropa, mucha ropa; algo de comida y un lujoso automóvil, en el cual se dedicó a buscar una de sus propiedades. Encontró una casa. Era una mansión; en ella había opulencia, lujos extremos y todo aquello que un hombre como él necesita para seguir viviendo sin vivir.

Durante algún tiempo dedicó su vida a viajar. Recorrió casi todo el mundo derrochando todo el dinero que pudiera; al fin y al cabo sólo le había costado "UN MINUTO DE MI VIDA", se decía; ¿Qué podría sucederle, en un minuto, a una persona como él?

Pasaron los años y fue quedando en el olvido el trato que había hecho con Satanás.

Un día iba caminando apaciblemente. Al pasar frente a una iglesia se detuvo y pensó: Ya hace mucho que no visito una iglesia. Entró y se sentó frente a un crucifijo.

Se quedó mirando fijamente en la pared una inscripción que decía: "JAMÁS DESEES MÁS DE LO QUE SE TE HA DADO". Inmediatamente sintió un malestar y le entró un terrible miedo, que prefirió abandonar el lugar.

Otro día, sentado en la banca de un parque, observaba a las parejas que se paseaban frente a él queriéndose, besándose, irradiando amor y felicidad. Se dio cuenta que estaba sólo en

el mundo; a pesar de su inmensa fortuna, no tenía la compañía de alguien que le diera amor. Decidió buscar pareja; ya no quería sentirse solo. Meses después encontró una mujer como él la había imaginado: piel blanca, alta, tan bella como inteligente. Anduvieron de novios mucho tiempo hasta que decidieron casarse. Empezaron los preparativos para la boda religiosa; llegado el momento todo resultó tan inmensamente lujoso como inmensa era su fortuna.

Estando hincado frente al altar, levantó la vista al cielo para darle las gracias a Dios, pues ahora sí era realmente feliz; ya no había nada más que pudiera desear. Volvió la vista hacia la pared de la iglesia: "NO DESEES MÁS DE LO QUE SE TE HA DADO".

Sintió que todo su cuerpo se paralizaba, desplomándose irremediamente ante la mirada de la poca gente que los acompañaba. Mientras trataban de hacerle reaccionar, alguien llamó a un médico.

Todos se encontraban en absoluto silencio. Cuando llegó el doctor, inmediatamente examinó al hombre tirado en el suelo, revisó el pulso . . . e l corazón. . . abrió los ojos para checar las pupilas. . .



Moviendo negativamente la cabeza, dijo al fin.

-De haber llegado UN MINUTO ANTES, se hubiera salvado.

*Cristian Trejo y
Cruz
Atila*



Despierta

Ese atardecer era nublado. Era uno de esos días tristes como tantos, en que los niños no salían a jugar a los parques y no estaban las sonrisas de la gente cuando yo pasaba. Sólo se sentía la trivialidad de la tarde.

Caminaba sin rumbo fijo, perdida entre la soledad, preguntándome a mí misma a dónde ir. Me sentía confundida, desorientada, perdida. De pronto, el cielo se empezó a cubrir de nubarrones negros, anunciando que caería una gran tormenta. Apresuré mi caminar, todavía sin decidir a dónde ir, temerosa y asustada de lo que pudiera pasar. Pensando en los grandes errores que había cometido y las grandes oportunidades que había dejado pasar.

Las primeras gotas de agua cayeron sobre mi cabeza. Corrí buscando un lugar en el cual pudiera resguardarme de esa gran tormenta. . . Por fin encontré dónde: era una vieja estación de ferrocarril abandonada, en la cual se respiraba una atmósfera de quietud y silencio.

Comencé a mirar mi alrededor: de nuevo ahí presente la soledad. Me sentía aturdida porque a mi mente afloraban remordimientos de toda mi vida. . . Traté de evadirlos mirando cómo mecía el viento las ramas de los árboles, pero todo fue totalmente inútil, porque minuto a minuto ellos se hacían presentes.

Recordando con un abrir y cerrar de ojos todo lo que mi vida había sido y era: ira, altanería, hipocresía y contrariedad. Con esta reflexión me hacía sentir inferior por todo el daño que había causado a tantas y tantas personas.

Los truenos y relámpagos eran mis delatores, afirmando ante todos que era culpable y causando en mí una gran aflicción... Tapé mis oídos para no seguir escuchando sus murmuraciones; sin más ni más callaron.

La tormenta iba en decadencia y poco a poco paraba. Ahora se podía respirar un aire de calma y paz, mezclado con una ligera brisa... Pero ellos seguían presentes: los opresores, los incesantes verdugos... mis remordimientos, acosándome en cualquier lugar que yo me desplazara.

Reanudé mi caminar hacia un lugar poblado por grandes abetos, pinos y cipreses, siguiendo un sendero estrecho y solitario. De pronto alguien me llamó a gritos; a cada paso que daba, esa voz se hacía más intensa. No sabía quién era porque no se presentaba ante mí. Era desconcertante; sentía que me seguía y cada vez más estaba cerca, hasta que...

-Mar, despierta. Ya es muy tarde.

Al abrir mis ojos me sentí fuera de la realidad, porque no sabía dónde me encontraba realmente, comprendí que todo esto había sido un simple sueño, al parecer invencible para mí; pero, ¿quién había sido ella y qué quería de mí? Bueno, es suficiente: la vida debe de continuar. Así que decidí realizar mis actividades cotidianas.

Por fin la noche llegó. Me encontraba ansiosa por seguir con este enigma, pero desgraciadamente no pude conciliar el sueño en toda la noche. Esto era desesperante y absurdo, porque nunca había sufrido de insomnio.

Después de tantos y tantos intentos fallidos, pude regresar. Pero ahora era de noche, adornada por una gran luna llena, y la

coloración del cielo azul marino intenso, asociado con las lágrimas pétreas de los ángeles que de él colgaban. Al mirarlo me quedé inmóvil, sin palabras para describir tan bello espectáculo.

No sabía qué hacer, por qué la esperaba inquieta. Quería saber de qué se trataba. Una ráfaga de viento corrió hacia el sur, levantando a su paso ramas y hojas secas que me golpeaban al pasar.

Volteé la mirada hacia atrás: una aparición prepotente, acercándose más a mí, extendía su mano. Temblaba tanto que parecía que me iba a derretir. Casi me alcanzaba y...

-¿Cuándo te vas a despertar por ti misma?, exclamó mi madre enfurecida.

-¿Por qué despertaste mar? Algo decía dentro mí.

-¿Qué te pasa? Parece que no quisieras despertar.

-No es cierto.

-Anda. Vístete y baja a desayunar.

-¡Horror! ¡Otra vez, no! ¿Qué puedo hacer?

Súbitamente quedé semidormida y no se lo que ocurrió, pero me encontraba de nuevo dentro de esa atmósfera.

Ella esperaba sentada en la copa de un árbol. Tenía el pelo alborotado y unos andrajos por ropa, estaba sucia. Eso no era lo importante porque tenía una personalidad admirable y una mirada penetrante. ¿Quién era esa mística joven?

Al tenerla tan cerca traté de huir, pero algo dentro de mí me decía: no seas débil; tienes que enfrentarla. No temas.

Me detuve y regresé donde se hallaba. La miré con la cara en alto; con la vista perdida la desafíe. En ese momento la sangre fría corría por mis venas.

Con una voz acusadora dijo:

-Cobarde, débil- burlándose de mí y caminando alrededor.

-Basta. Es suficiente. Dime ¿quién eres?

-Nunca lo podrías saber, porque en tu mundo no podrías entenderme, pero si miras en tu interior lo podrás entender.

Al decir eso sentí un inquietante deseo de mirar dentro de mí. Con su ayuda lo logré y pude ver a una marchita y negra flor dentro de mí, sin vida como yo.

Ahora, noche a noche, la mística joven me ayuda a cuidarla en un mágico y misterioso lugar de sueños.

Argelia Ponce Malagón
Atl



Emilio

5:30 A. M. de un lunes. Todo está oscuro como si fueran las 11 de la noche, gracias a la fabulosa idea del que propuso el horario de verano. Y mientras Emilio piensa eso, se tapa completamente con las cobijas, incapaz siquiera de abrir un párpado.

¿Por qué? Si tan sólo fuera sábado. Pero ¿qué diablos! se dice a sí mismo Emilio, mientras se levanta con cara de no haber dormido mucho, aunque lo haya hecho toda la tarde anterior (como excusa: el crecimiento) y toda la noche. Se dirige al baño.

6:00 A.M. Ni el baño le ha podido quitar la cara de zombie. Emilio se viste y sale para desayunar; hoy se le antojan huevos con jamón y un plato de fruta. Abre el refrigerador y ¡Oh sorpresa!. No hay huevos ni hay jamón; lo cierra y comienza a buscar el plato de fruta que su mamá le prepara siempre, pero tampoco existe esta mañana. Sus papás se fueron a caminar y regresan hasta las 8:00.

6:30 A.M. Después de haber desayunado un plátano y una manzana, Emilio sale de la casa y comienza a caminar hacia la escuela. Camina como si no tuviera que llegar a algún lado, con sus pantalones tres tallas más grandes (o, como diría su papá, de payaso) y unos zapatos, de los cuales la suela sobrevive con dificultad.

7:00 A.M. Emilio no tiene un especial aprecio por la escuela, un fabuloso edificio de concreto, con fabulosos colores

azul y gris. Todo lo que necesitaba para sentirse un poco mejor antes de empezar las clases.

Emilio saluda al conserje y comienza a subir las escaleras, mientras piensa que si va a pasar toda la mañana ahí podría pensar más positivamente. Quizá, después de todo, hoy puede ser un buen día.

7:30 A.M. Los buenos pensamientos de Emilio se han esfumado. El maestro no llegó y la primera hora la tienen libre y aunque por un lado disfruta no tener clases, por otro piensa: ¿Por qué los maestros le hacen esto a uno?, Levantarse tan temprano para empezar clases hasta las 8:00 ¡Qué coraje! ¡Maldito maestro!

9:00 Clase de matemáticas; después de historia. Todos despiertan y tratan de entender lo que explica el maestro.

Matemáticas es una de las materias que le gusta a Emilio. El maestro no es malo y la clase es práctica. No muchos de sus compañeros entienden, aunque hay varios que se salvan tomando clases particulares por la tarde. La clase continúa...

9:50 A Emilio le ruge la "panza" todo por comer sólo un plátano y una manzana, y como él es incapaz de comerse una de esas asquerosas tortas de la cafetería, llenas de quién sabe qué, mejor se aguanta.

En el receso Emilio platica con algunos de sus compañeros de al lado; en su salón hay especímenes de todo tipo. Delante de él se sienta una chava un tanto extraña, quizá sea de alguna religión budista o algo así, piensa Emilio; ella no platica demasiado y a Emilio le es indiferente. A la derecha hay un grupito de niñitos Versage con Calvin Klein, de bastante mal gusto y sentido de la combinación. No es que él sea muy combinado, pero ¡bueno! Con ellos no platica ni los pela.

A la izquierda hay una chava más al estilo de Juan. Con ella es con la que más platica, le cae bien y le está empezando a gustar, pero desafortunadamente él también platica con su novio

y no es que le caiga mal, pero... Y a lo último, detrás de él, está la mujer más horrosa y cursi que Emilio pudo encontrarse en su vida. Es fea, pero ella se cree la más guapa; es tonta en todo el sentido de la palabra y, para acabarla de amolar, le coquetea, sí, a Emilio.

En general, los del salón de Emilio son buena gente y se puede platicar con ellos.

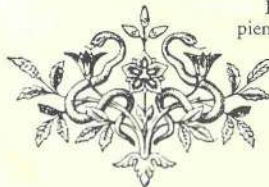
11:00 A.M. Empieza la clase de laboratorio. Emilio sólo puede pensar en comida; ya no aguanta más. La maestra habla y Emilio sólo escucha un rumor, mientras sus pensamientos se centran en la imagen de un plato caliente de sopa de fideos; sus movimientos son automáticos y, sin fijarse, se lleva la probeta, con la mezcla lista para el experimento, a la boca. Sólo recuerda las caras de horror de sus compañeros y los gritos de la maestra; luego, un túnel negro.

11:30 A.M. Emilio abre los ojos y se ve rodeado por el subdirector, su asesor, sus amigos y el conserje. También está la maestra, con cara de "no puede ser y ahora ¿qué voy a hacer?".

Emilio ya no tiene hambre, pero lo que sí, es que se está muriendo de risa de las caras de todos; ya no puede resistir y de pronto comienza a reírse. Pero antes de que alguien le reproche, comienza a decir que "le duele la panza" y que necesita irse a su casa. Rápidamente lo ayudan a levantarse y después de inventar una explicación a lo sucedido, Emilio pide que lo dejen irse, pues se siente muy mal. Le dan una aspirina y le dicen que se vaya a descansar.

En el camino Emilio piensa: "Después de todo, la escuela no es tan mala".

Adina Cháin
Guadarrama.
Adidarma



Supervisión:

Programa de Difusión Cultural de la DGEMSyS

Pedro Vázquez Rebolledo

Beatriz Ayala García

Edición:

Programa de Ediciones de la DGEMSyS

Coordinación General:

Patricia Pulido Sánchez

Corrección:

Lucio Victorio Sampieri Gasparín

Reina América Pulido Chiunti

Diseño editorial:

Mauro Morales Arellano

Formación:

Mauro Morales Arellano

Captura:

David Anzures Villanueva

Melquiades Anzures Villanueva

Ganadores del Certamen Estatal de Cuento 1997-1998 se terminó de imprimir en el mes de julio de 1998, en el área de Impresiones y Fotocopiado de la Dirección General de Educación Media Superior y Superior, en Xalapa, Ver., el cuidado de la impresión y empastado estuvo a cargo del Sr. José Luis Arcos Olmos. La edición consta de 500 ejemplares.

D.R. © 1998

1ª edición

Tiraje: 500 ejemplares

Diseño de portada: Rubén Ramos

Dirección General de Educación Media Superior y Superior

Pasaje Revolución 2º piso

Xalapa, Ver.